

textos

el presente

avatares de sentido

Ignacio Castro Rey, Madrid, 22 de septiembre de 2010.

Vaya por delante todo mi respeto por la herencia de Jacques Lacan y también por la figura del pensador Jacques-Alain Miller. Si su labor en la publicación de los *Seminarios* de Lacan fuera pequeña, si los propios libros y textos de Miller fueran poco, la forma en que maneja el lenguaje y el pensamiento en esta breve entrevista le otorga el derecho a seguir manteniendo un lugar destacado en nuestras preferencias.

La impresión que transmite Miller es la de una energía que no necesita inyecciones externas; más bien lo contrario, resistencias a su altura. Sin embargo, con más de medio año de retraso, no puedo recomendar esta preciosa intervención en el presente sin remitirme a algunas dudas que pueden crear sus afirmaciones. Éstas nos asombran por su descarada libertad e impertinencia, pero no estamos seguros de que sean indiscutibles. Si ninguna clase de presunción, no es seguro que no se pueda aplicar a Miller un principio de sospecha paralelo al que él vierte sobre *Avatar*. Y es evidente que no estamos hablando de una película juvenil, que en definitiva importa muy poco, sino de las coordenadas epistémicas en las que vivimos.

01.05.10. AVATAR. “Vuestro ojo es subyugado mientras hace dormir a vuestra cabeza”. Entrevista a Jacques-Alain Miller. (*Le Point-París*)

Le Point: «Avatar» es un éxito planetario. ¿Qué hace que la humanidad entera vaya a ver este film?

Jacques-Alain Miller: Su debilidad. Este efecto de debilidad está sabiamente obtenido escindiendo pensamiento y percepción. El escenario es un potpurri de mitos inmemoriales, de arquetipos gastados y de clichés *New Age*, hecho para dar en todo momento una impresión de *dejà-vu*. Resultado: el sentido crítico está adormecido, paralizado, el pensamiento gira sin esfuerzo en su lugar. En cambio, en lo que respecta a las imágenes, es una fiesta, los fuegos artificiales de lo nunca visto. Así como el elemento simbólico del film es arcaico, su imaginería es futurista. Es la tecnología apoyada en el brazo de la mitología, y esa pareja demuestra ser irresistible

Le Point: Los adolescentes se enorgullecen al decir que vieron «Avatar» 2, 3, 5, 10 veces...

Jacques-Alain Miller: Vuestro ojo está subyugado, sobreexcitado y goza tanto más intensamente cuanto que vuestra cabeza está puesta a dormir. Cuando el goce del ojo es tan intenso, se vuelve adictivo. Se encuentra aquí el mismo síndrome que fue aislado con los juegos de video o con Internet. La humanidad se entrega con abandono a esta nueva embriaguez.

Le Point: ¿Cómo lo explica?

Jacques-Alain Miller: La debilidad mental del ser humano se debe precisamente a que vive siempre en dos planos a la vez, real e imaginario, ser y deber ser; sueña su vida con los ojos abiertos. Las nuevas tecnologías se adueñan de este dato antropológico para manipular su sueño despierto con una precisión y una destreza hasta ahora inéditas. Sólo es el comienzo.

Le Point: El cine siempre le ofreció al espectador identificarse.

Jacques-Alain Miller: «Avatar» explora un más allá del cine. No se trata sólo de identificación, siempre puntual, basada en un rasgo singular, sino de una inmersión psicosomática en un universo. El escenario exhibe, por otra parte, el resorte del asunto: el alma del héroe parapléjico se desliza en otro cuerpo para caminar en otro mundo, y tras él, el espectador, que permanece enrollado en su sillón.

Le Point: ¿Es el film que esperaba nuestra época?

Jacques-Alain Miller: Su éxito muestra que la humanidad termina por asquearse de la especie humana. No estamos ya en el “malestar en la cultura” denunciado por Freud, sino en la evidencia de un impasse creciente. El “sálvese quien pueda” es general. A la hora en la que la globalización del capitalismo exagera el individualismo, la competencia, el cada uno por las suyas, se adorna la naturaleza, la animalidad con una dulzura imaginaria. Se aspira a un comunismo primitivo autoritario, bajo la forma de un tribalismo casi vegetal.

Le Point: Los neoconservadores americanos ven con hostilidad a este film. Pero también el Vaticano.

Jacques-Alain Miller: Porque «Avatar» es el toque de clarín de una resurrección pagana. Esos largos cuerpos azules, sinuosos y sensuales, son una entrada seductora en la era de las post humanidad. El hombre desea volverse un producto de síntesis. Mañana, la ingeniería biológica, el genio genético hará de este sueño realidad, y pesadilla.

Le Point: ¿Por qué el azul?

Jacques-Alain Miller: Es el color del «supremo Clarín pleno de estridencias extrañas, silencio atravesado de Mundos y de Ángeles» del que habla Rimbaud. El negro de Pierre Soulages los remite a vuestro dolor de existir; el azul de «Avatar», su lujuria sensorial, a la anestesia. La elección es cristalina.

(Traducción: Silvia Baudini. Entrevista Realizada por Christophe Labbé y Olivia Recasens).

¿Y si fuéramos un poco más joviales?

Parece perfectamente legítimo disparar a la línea de flotación de un producto de éxito, aún a riesgo de exagerar e incluso de hacerlo todavía más famoso. Interviniendo en nuestra superficie cultural, Miller muestra que el psicoanálisis no se conforma con su parcela asignada, con encerrarse en ella para ganarse el respeto de la división de saberes. ¿Cuántos intelectuales, se podrá decir, habrán ido a ver esta película sólo porque Miller habla así de ella y advierte con esta vehemencia de sus ocultos efectos? No importa, pues su éxito fue masivo. Tal determinismo triunfal es utilizado para liberar un sentido inesperado, eficazmente contingente. Lo mismo podría hacerse con cualquier otro producto estelar y la eficacia podría ser semejante. En el producto de masas más aparentemente neutro, de *Bambi* a *El Padrino*, hay una carga fuerte de ideología y de implicaciones simbólicas que resulta muy productivo desentrañar. Por ejemplo, es genial que Miller nos recuerde cómo la invalidez del protagonista de *Avatar*, que por virtud de una tecnología puntera pasará a la flexibilidad de los cuerpos azules, es en cierto modo *la nuestra*, a quienes también hace tiempo se nos invita a que conservemos nuestra parálisis para así beneficiarnos de un control social que hará el milagro de devolvernos a la movilidad multicolor.

Ahora bien, a partir de este acuerdo inicial comienzan las dudas. ¿Qué hay en esta ocasión para que Miller se sienta tentado a intervenir? ¿Que la presa es fácil? Muchos vimos *Avatar*, con nuestros niños o sin ellos, sin pensar en nada de lo que Miller comenta, acaso sin caer tampoco en ninguna “debilidad mental”. Con un retraso siempre recomendable en un best-seller, gozamos simplemente de la verbena de los sentidos, unos maravillosos efectos de ordenador puestos al servicio de un cuento donde, por una vez, los “salvajes” le ganan la partida al Imperio. ¿Cometimos un pecado grave por ello? ¿Estamos más en peligro de lo que estábamos antes? No lo parece. El cómic no es incompatible con el pensamiento, ni el surf, ni las islas exóticas, ni la fluidez de la estética de masas. Mal que le pese a Adorno o a Tiqun, tenemos dos manos, dos hemisferios anímicos, por lo que podemos sentir y pensar al mismo tiempo, colaborar y fugarnos. En otras palabras, podemos ser críticos sin ser marginales a una mascarada general en la que, de todas formas, participamos.

Guardando las distancias, también la manera en que Miller utiliza los sentidos, con este lenguaje tan pulido de sus respuestas, es extremadamente sugerente, y no por ello eso nos impide pensar, ni debemos dejar de admirar sus posiciones para debatir con ellas. En muchos casos podemos incluso relajarnos, confiando irónicamente en que un gran éxito, y hay cientos al año, lleva aparejado el virus de la contingencia en su masividad.

Pero aquí está uno de los problemas, pues Miller (y esto es tal vez intrínseco a cierto “pesimismo” analítico) no parece confiar en ninguna *naturaleza*, ni en la comunidad de los pueblos, ni en la “dulzura” de la tierra. Se le podría achacar, como se ha dicho de algún otro pensador, una falta de fe en la exterioridad, en lo que siempre surge por fuera, precisamente cuanto creemos haberlo capturado. Virilio recordaba, no obstante, que no hay invención que no lleve detrás su accidente específico. El día que se crea Internet o se levantan las Torres Gemelas, se está también creando un efecto vírico potencial, el riesgo de un posible colapso. Por lo tanto, ¿por qué no confiar en la sombra de negatividad asociada al éxito? Sólo porque esa sombra existe puede intervenir después el pensamiento como “partera”. La historia triunfante, sea cual sea, acabará siempre creando otra inercia infame, pero también su Némesis potencial. Si el psicoanálisis triunfase, cosa que no es seguro que vaya a ocurrir algún día, se parecería un poco a una fiesta New Age y haría posible y necesaria la “negatividad” de un Lacan. ¿No es así? Siempre estamos en esta marea de Penélope, tejiendo con una mano y destejiendo con otra.

Aunque tal vez el punto que resulta más preocupante es el que atañe a los sentidos, a los supuestos peligros que la percepción “subyugada” entraña para la distancia crítica del intelecto. Aquí Miller nos enseña, recordando sin querer las ironías de Deleuze sobre la superioridad de la cultura angloamericana, algunos límites de una actitud conceptual que, no sólo en Francia, depende en exceso de un viejo racionalismo ilustrado. En su alarma ante esta enésima “inmersión psicósomática” en los fuegos artificiales de lo nunca visto (si el peligro fuera tan grave, ya estaríamos clonados por *Fantasia* o por *Titanic*) Miller expresa un privilegio típicamente “intelectual” de la crítica en detrimento de la *verdad* que, sin soporte en el saber, se experimenta en el plano inmediato. No sólo nada llega a la cabeza sin antes pasar por los sentidos, sino que no todo lo que impacta en los sentidos pasa sin más a la cabeza, antes incluso de que ésta imponga sus filtros reactivos. Casi nunca, podríamos decir, estamos a la altura de lo percibido. Y esto sin necesidad de ninguna represión consciente, pues los sentidos también *piensan*, son los primeros en trabajar, en poner dificultades. En la percepción hay una turbulencia, una complejidad, un rumor que el sujeto debe escuchar, aunque pocas veces lo haga.

En su implacable diatriba sobre este largometraje inofensivo Miller recuerda un poco, con perdón, la prevención puritana con respecto a la autonomía de la percepción, esa aversión de la ética nortea a lo que Weber llama “cultura de los sentidos”. Parece compartir además, con el canon de la filosofía occidental, la desconfianza hacia lo que *sepa* la tierra y los pueblos de la tierra; quiero decir, una cierta

suficiencia intelectual hacia la “espiritualidad” común, nativa, mortal. Miller desconfía de la “libertad natural” en la que creían Thoreau, Whitman o Stevenson. Y ésta es nuestra ortodoxia europea: una y otra vez, elegimos a Hegel sobre Rousseau, a Heidegger sobre Nietzsche, a Celan sobre Rilke o Gary Snyder.

Ahora, la pregunta podría ser: ¿necesitamos un destino trágico en la humanidad para que el mensaje de la verdad, de una verdad distinta a todo saber, se abra un camino? Desde que somos mortales, la tragedia está garantizada. Lo que no está garantizado es que en ella se abra una alegría pueril, que no necesite razones. En este punto, con o sin *Avatar*, podemos efectivamente temer que la cultura anglosajona y americana nos lleva una ventaja insalvable.

¿Qué problema hay, por lo demás, en que la cabeza duerma de vez en cuando con cualquier clase de tontería? Es necesario descansar del pensamiento. A la vuelta, si realmente pensamos, nuestra potencia intelectual habrá ganado distancia e ironía. Y si esa potencia está en riesgo por un éxito popular, tal vez no merezca sobrevivir. Deberían preocuparnos más las hamburguesas de elite tipo *La cinta blanca*; parecen más dañinas en la conformidad que transmiten, situando el mal fuera y reconciliando a cada cual con su fantasma.

¿Y si fuéramos, en suma, un poco más epicúreos? Quiero decir, un poco más joviales, libres de nuestros temores eurocéntricos. Despreocupados, irónicos, violentos: así nos quería Nietzsche. Tener niños, con su inmersión frenética en el consumo, nos sirve para ingresar en la mentalidad profunda de lo que nos rodea. Con sus enormes peligros, es cierto. Y es comprensible el rencor intelectual por la deriva de esta potencia multimedia, una cultura del entretenimiento que amenaza con acabar con los ángulos muertos donde aún se pueda vivir algo, pensar algo imprevisto. Pero si el pensamiento no consigue cabalgar esta inmanencia imperial, hacer *entrismo* en ella (como se decía antes), la filosofía y psicoanálisis están condenados a quejarse en los márgenes, resentidos en realidad porque las cosas no vayan peor. Me resisto a que sea tan estrecho nuestro destino. Baudrillard, por ejemplo, con su fascinación por la cultura de masas, extrae una enorme cantidad de signos de esa excursión por la comedia social, lejos de los campus universitarios.

Con un tono de cuento de sábado, una cuestión que plantea de modo juvenil *Avatar* es que hay un afuera de nuestro mundo “global”. Unos indígenas armados de cierta espiritualidad y de una tecnología telúrica, primitiva y eficaz. Cada cuerpo tiene su avatar, otra posibilidad, una segunda existencia. Nadie sabe lo que puede la tierra, esa otra posibilidad (ni siquiera *Nemo Nobody*). ¿Debemos estar realmente contra esta ilusión de un exterior, aunque se presente en una versión *naïf*?

Podríamos entender que Miller se ríe de todo esto y toma partido por una cultura que, de derecha a izquierda, decreta que no existe tal afuera, ninguna espiritualidad libre del discurso imperial del amo, ningunos salvajes a los que escuchar. Todo eso es para él autoritario comunismo primitivo, tribalismo casi vegetal. Ahora bien, aún suponiendo que esto fuera así, ¿nuestras democracias, no sólo en la Francia de Sarkozy, no son también autoritarias, históricamente *tribales*?

¿El mal humor de Miller, que en realidad desborda sentido del humor, puede provenir de la esperanza, que *Avatar* transmite, de que el discurso del amo no es imbatible? Este punto recuerda un poco aquella discusión de Lacan con los estudiantes del 68, cuando les acusaba de estar simplemente buscando un nuevo amo. Buscar uno nuevo significa al menos no estar de acuerdo con éste. Rechazar la forma actual del amo ya es algo, aunque sea en camino de buscar otro, pues en ese camino pueden ocurrir cosas. Que el hombre deba fracasar en sus planes para aproximarse a la verdad no quiere decir que todo deba estrellarse. No necesitamos ser pesimistas hasta ese punto.

Alegra sin embargo que esta actitud haya generado, en el caso de la entrevista que nos ocupa, tan buenos frutos.